

LAS "PAREJAS"

Con buen andar,—vuelo blando,—
por el mar casi desierto
las "parejas" van dejando
las quietas aguas del puerto.

Tras bellas, radiantes horas,
tiende el sol á tramontar.
Y las barcas pescadoras
se aventuran hacia el mar.

Mar adentro, donde apenas
buque alguno se divisa.
Cantan las ondas serenas.
Canta, volando, la brisa...

Y en tanto el sol, que tan bellos
los diera por la mañana,
va apagando sus destellos
sobre la sierra cercana.

Ya, por Málaga, se encienden
luces y luces á miles.
Así las flores se prenden
las malagueñas gentiles.

Huye al fin la luz fugaz
del crepúsculo, violeta.
¡Seguid las barcas, en paz,
sobre el agua limpia y quieta!

Largo botín os ofrece
mar tan buena y apacible.
Hoy, vuestra Armada, parece,
por lo feliz, invencible.

Seguid, las barcas; volad,
 pues fuertes sois y ligeras.
 Pero, entre tanto, mirad
 por las naves compañeras.

—

¡ Siempre! Con un pensamiento
 que os mantenga siempre unidas.
 En las horas del contento,
 como en las horas temidas.

—

Que por algo emparejadas
 salís hacia el mar traidor.
 ¡ Libres vivid, pero atadas,
 á la vez, por el Amor!

PUESTA DE SOL

I

Se va, se oculta el Sol. Mejor diría
 que la tierra, girando, se despide
 de su amor, de su luz; pues ella mide,
 fija, decreta, la extensión del Día.

Se va, se oculta el Sol. Tiniebla fría,
 que el sol, mañana, de rasgar se cuide,
 pronto vendrá... La Noche lo decide.
 La vieja Noche, fúnebre, sombría.

Se va, se oculta el Sol; rojo, rojeto...
 Por el mar hermosísimo, tan quieto,
 las ondas limpias de su luz se tienden.

Al reflejarlas hoy, por vez postrera,
 con reflejos de chispas en hoguera
 las anchas ondas de la mar se encienden.

II

Un camino de luz, que maravilla,
del Sol arranca, desde el mar abierto;
un camino de luz, de luz cubierto,
que muere al fin en apartada orilla.

Para que corra desde el Sol, se humilla
la mar serena; con que marcha cierto...
La mar, los buques, la ciudad, el puerto...
por gracia, todo, de sus rayos, brilla.

Brilla, rebrilla, sin cesar. Las ondas,
con tantas vivas claridades blondas,
ondas de luces sobre el mar deslíen...

¡Dejan al Sol, que las adora tanto!
Ninguna vierte, por dejarle, llanto.
Muchas, por vanas, por coquetas, ríen.

III

Febo desapareció. Penumbra vaga
se extiende por el mar. La Noche llega.
Ya su manto, negrísimo, despliega
con chispas mil de luz; manto de Maga.

Ya la luz del crepúsculo se apaga.
Ya la sombra la vence, nocherniega.
Ya la Tarde se extingue... Ya se entrega,
desvalida del Sol, en lucha aciaga.

En tanto el aire, pues al Sol adora,
ganoso de sus rayos, conmovido
por la ausencia del Sol, suspira, llora...
¡Le enamora la luz! Y llora, y siente,
la gran tristeza del amor perdido,
la gran nostalgia del amor ausente...

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

LA NADADORA

I

Recostada, dulcemente
 recostada sobre el mar,
 una joven
 nadadora
 sueña,
 flota,
 pasa,
 torna...

Sostenida por las aguas,
 entregada á sus caprichos
 y dejándose llevar,
 con las aguas, torna, pasa;
 con las olas, vuelve, va...

Es la joven
 y atrevida nadadora
 un prodigio de hermosura,
 bien si luce la arrogancia
 de su espléndida figura,
 dominando sobre tierra,
 soberana de los hombres
 por su encanto celestial;
 bien si busca
 las caricias de las aguas,
 y se entrega sin cuidados
 á los besos inocentes
 de las ondas de la mar.

II

En las ondas se reclina
 con graciosa languidez,
 y al impulso de las aguas
 y al compás de su vaivén,
 como espuma que las olas
 levantaran al pasar...

pasa,
 torna,
 vuelve,
 va...

En las niñas de sus ojos
se refleja la hermosura
de la bóveda celeste.
Por los cielos de sus ojos,
y en imágenes preciosas,
—invertidas
é invertidos,—
pasan nubes sonrosadas,
cruzan pájaros ligeros,
muy ligeros,
que dan vueltas
y revueltas,
satisfechos de la vida
y orgullosos de volar.

Se dijera que la joven
y atrevida nadadora
que en la tierra se recata
de los ojos de los hombres,
se complace,
recostada sobre el mar,
en el amplio lucimiento
de su joven lozanía,
que las flores envidiaran;
en la hermosa libertad,
que devuelve su armonía,
para gozo de las ondas,

á las formas admirables
de su cuerpo escultural...

Que por eso
tan contenta se reclina,
sin cuidados, sin temores,
en las ondas transparentes
que la llevan
y la traen,
la acarician
y la mecen,
con dulzura y con amor...

No más dulces
la mecieran
aires tibios
en el seno
de la hamaca
deliciosa,
cabe cielos
tropicales...

Mientras dora
sus contornos
claro sol...
¡sol de Agosto, complaciente,
con ardiente
resplandor!

III

Ya, cerrados los ojos
y entreabierta la boca,
bajo dulces influjos
de ilusión deliciosa,
más gentil aparece
la gentil nadadora...
Con los ojos cerrados
y entreabierta la boca,
levantados los senos
de purísima forma,
¡recostado su cuerpo,
que rendido reposa,
bajo el trémulo halago
de la luz que lo dora;
bajo el sol que la besa,
si la bañan las ondas;
al vaivén de las aguas,
al compás de las olas!

IV

Como espuma
que las olas
levantaran

al pasar...
pasa,
torna,
vuelve,
va!...

Recostada,
columpiada,
por la luz acariciada...
¡dulcemente sostenida
por el mar,
pasa,
torna,
vuelve,
va!...

¡Cuánta luz, risueña y pura!
¡Qué frescura,
tan intensa,
tan hermosa, la del mar!
Ay, qué ensueño, tan hermoso,
de reposo,
de ventura,
sin igual!...

Nadadora,
tan gentil y tan alegre;

más alegre que la aurora:
 ¡siempre goces
 de tan grata libertad!...

EL GRAN DÍA DE LEPANTO

Cantemos al Señor que en la llanura
 venció del ancho mar al Trace fiero...

(FERNANDO DE HERRERA:
Por la vitoria de Lepanto.)

Cantemos, sí; cantemos.
 Al grave són, magnífico,
 de las aguas batidas por los remos,
 salpicadas de luz... ¡Oh, magno día!
 ¿Con cuál favor tus hechos cantarías?
 ¿Cómo tu grande, tu solemne espanto?
 ¿Con qué robusto canto,
 grande Triunfo, solemne, de Lepanto?
 La Media Luna, rota,
 bajo la Cruz se humilla.
 Brilla la Cruz, espléndida, remota,
 ¡sobre las aguas!... ¡Brilla,
 sobre los aires...! ¡Flota!

Brilla con resplandores
clarísimos, cuán puros.
Con sus rayos mejores,
más que nunca seguros.
¡ Cantemos al Señor! ¡ Con himno mágico!
¡ Frente á las naves de la Santa Liga!
¡ Sobre las ondas, las del golfo trágico,
cantemos al Señor! ¡ El nos bendiga!

—
*Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra...*

¡ Tú! ¡ Tú, mi Dios, en quien adoro y crec.
Ora el combate su furor nos muestra.

¡ Lo jurara! ¡ Lo veo!

Por obra,—que bendigo,—
de visión providente, lo consigo.

No. No luchan, tan sólo, dos naciones,
tras fieras amenazas,
por locas ambiciones.

Combátense dos razas.
Luchan, en lucha impía,

la tiniebla, tan fría,
la luz del Sol, ardiente.

¡ Batallan frente á frente!

Batallan la Verdad, noble y eterna,

y el vil Error, vitando,
que engaña con su error, cuando gobierna
con torpe, duro mando...
Batallan y batallan,
mientras las bocas rugen
que tanto fuego, por doquier, vomitan;
mientras fuegos estallan,
mientras las naves crujen,
mientras sus hombres, iracundos, gritan;
en gran combate horrendo,
que al mismo Sol conmueve;
con un terrible estruendo,
que rompe, sin cesar, el aire leve...

—
Bajo nieblas del humo, desgarradas,
desgárranse también las dos Armadas;
mientras deslumbran, al brillar en ellas,
—rayos de muerte,—lúvidas centellas.
Me aturde el formidable cañoneo.
Me aturde el clamoreo
de las gentes que luchan,
y que al luchar, bravísimas, lo escuchan;
el fragor con que atruenan
los disparos que suenan y resuenan...
¡ Todo lo escucho, sí! Todo lo miro,

bajo la gran neblina, pavorosa,
 del humo, largo y denso,
 que á tanta nave, bajo el Sol, acosa;
 que el golfo cubre, bajo el Sol, inmenso;
 cuando la nube, que sangrienta sube,
 se desgarrá á mis ojos
 con resplandores vívidos y rojos;
 cuando la entraña de la roja nube,
 trémula ya, se parte;
 cuando surge tras ella, tras sus velos,
 sobre los anchos, refulgentes cielos,
 la roja faz de Marte.

—

Surge también un bélico estandarte,
 sobre galera del Señor cuán fijo.
 Por él, en campo azul, sus brazos tiende
 radiante Crucifijo.
 Cual nuevo Sol esplende.
 Con luz de estrella guía.
 No, sin su luz, su Armada vencería.
 Con él, por él, un himno de victoria,
 dictado por la Gloria,
 pronto resonará, de nave en nave,
 por las naves cristianas;
 himno rotundo, venturero, grave,

que en gozosas mañanas
 dirán desde los templos las campanas.

—

Plácido mar temblaba de alegría
 cuando llegó para su bien el día;
 claro día, sereno,
 del Otoño feliz; de encantos lleno.
 Claro Sol, por Oriente,
 sus ansias delató, cuán impaciente...
 Doró con sus fulgores,
 vistió con sus colores,
 naves, sin fin; maltesas,
 romanas, genovesas,
 españolas, en fin, y venecianas;
 duras, grandes, ufanas...
 Sobre las limpias y celestes olas,
 encantaron al Sol las españolas.
 ¡Por bizarras, por lindas, por gentiles!
 ¡Por sus frescos encantos juveniles!
 ¡Por el gentil donaire
 con que dieran sus flámulas al aire!
 Cierta bravo Don Juan, de excelso nombre;
 perfecta copia, singular, del hombre
 más dotado por Dios, las dirigía.
 Con que, mirando naves tan hermosas,